

ACADEMIA DOMINICANA DE LA HISTORIA

Discursos leídos en el acto de la recepción del Académico
Don Félix Evaristo Mejía.

Discurso del Académico Don Félix Evaristo Mejía

Tema: "Criterio de la cabal verdad histórica, con aplicación a la nuestra": Bosquejo de una tesis.

Señores Académicos:

Señores concurrentes:

Movido a ello por ineludible prescripción reglamentaria, y con la autoridad que me presta vuestra presencia en este acto, debo oír en él mi voz inducta, pero de viejo luchador en toda lid de altura.

Al corresponder en su día con mi aceptación a aquel vuestro llamado para compartir con vosotros labor que estimo lo es de nobles de pensamiento, fuertes de voluntad y sanos de conciencia, respondí entonces reconocido, y hoy acudo, antes al imperativo de un deber patriótico que a amor de vanidades a que el temperamento no me inclina, o a ansia de honores que en ninguno de los momentos de mi vida solicité jamás; ni, como arriba digo y lo sabeis, tampoco ahora.

Empero, ni esa circunstancia ni lo ya previamente agradecido por la distinción me redima, cuando ésta me es solemnemente confirmada con la recepción que me dispensais, de reiteraros mi gratitud con digno rendimiento.

La ocasión de mi llegada a esta ilustre Academia Dominicana de la Historia, ocasión también determinante de igual honor, para recibido conmigo en la misma sesión, al Doctor Pedro Henríquez Ureña, relevante figura intelectual cuya nueva ausencia de la Patria me priva de tenerle de compañero recipiendario, quiero recordaros que lo fué primero la mantenida abstención de afiliarse al alto Cuerpo, desde el instante inicial de éste, de los muy distinguidos hermanos García Lluveres (Licdo. Leonidas y Doctor Alcides), herederos directos en la afición, tanto como por la sangre, de su gran padre Don José Gabriel García, el acucioso explorador de nuestra intrincada y oscura selva histórica; y ese mago del estilo, prominente jurista y a la par servidor de austera Clio, Dr. Don Américo Lugo. Caballeros de alguno de los cuales, cabe presumirlo, viene la humildad de mi persona a ocupar el asiento que a aquel le estaba destinado en la Academia. De ahí la grata mención, merecidísima, que de ellos en plural me cumple hacer.

Así iniciada mi palabra, ya no sólo en observancia del precepto, sino igualmente por obediencia a los dictados de mi propio espíritu, que para la

expresión de elevados anhelos que fueren pertinentes se ampara de toda oportunidad favorable, con el motivo actual gire el discurso de ingreso, siquiera vagamente, al rededor de un complejo problema que me preocupa de tiempo atrás la mente cada vez que me abismo en ese caos de la Historia ad narrandum, propia o ajena. Y tal problema, cuya acertada solución aspiro sea aplicada a la primera, para su fruto provechoso, es éste: ¿Qué es la verdad histórica? Asunto de puntos de vista muy variados que piden ser tratados por turno. Mas no para con ello abrumar vuestra atención en el presente acto, —ni menos aún la del selecto público que nos honra con su asistencia a él,— agotando ya ahora el tema.

Al estudio detenido del problema, que considero gran tema de debates sobre el campo de la Historia Universal, de la de América y de la nuestra, sólo apporto aquí ideas. Porque, dada su trascendencia, tratarlo a fondo y resolverlo, firmemente lo creo de la exclusiva competencia de una colectividad, de la índole de la Academia, póngolo por caso; y con todo respeto me aventuro a proponerlo para ocasión propicia como realizable por ella, u otra agrupación cultural que se ocupe en la materia, en la forma que también propondría con oportunidad. Este sería el tema: "Criterio de la cabal verdad histórica, con aplicación a la nuestra"; e insisto en que si mereciera él acogida y ser tratado en común por la Corporación, pudieran los certámenes a que diera motivo sugerirle a la misma normas ciertas para la gran finalidad de su instituto.

Exponer una tras otra, con toda amplitud de ilustraciones y detalles, las diversas fases del tema según mi pensamiento, y que por ellas pudierais apreciar éste cabalmente y desde ahora, tal había sido mi primer intento para el discurso que pronuncio. Pero eché de ver a tiempo que el trabajo resultaría así, por lo extenso, del todo impropio para una sola sesión, y más todavía para la de relativo e indurable esparcimiento a que asistimos; y he debido, por ende, reservar esa labor para una serie de conferencias en centro adecuado, después que estuviere yo listo y documentado, en lo posible dado nuestro medio carente de verdaderas bibliotecas y de archivos históricos en que abrevarse la mente. Sería esa serie, y así habría de llamarla, "Una contribución al tema "Criterio de la cabal verdad histórica, con aplicación a la nuestra".

Ruégoos en consecuencia, señores, no veais en el fondo de lo que ahora discurra sino un simple bosquejo de tan vasto tema, pues no otra cosa es este borroso trazo, que para el momento tengo por mero anticipo a mi referida "Contribución" a dicho tema. Os le presento, pues, así como a criatura en sus pañales para la cual anhelo, en cuanto

padre, el amparo de amplios y libres intelectos a cuyo calor se nutra y crezca, se robustezca y se illustre lo debido. Porque intentar siquiera hacerlo viable realidad el solo esfuerzo mío, o el de aislada mentalidad cualquiera que en mucho me superara, tendrialo yo por frustratorio afán.

No entraré todavía en materia sin permitirme algunas otras aclaraciones previas que estimo aún necesarias.

Acaso me objetéis en vuestro íntimo pensar, y ello con verdad, señores Académicos, mientras del asunto apenas apuntado vaya produciéndome sobre el doble aspecto de variadas fases que enunciaré e iré tratando de paso y sólo a flor de tema, a fin de mantener en cierto modo lindero con lo ameno este discurso; acaso me objetéis, reanudo, que háyase incluido el principio, expreso y tácito, en sobrias líneas del dispositivo 2o. del Decreto creador de la Academia, en su Reglamento, y con discretas frases de elocuente prosa, en ambos discursos inaugurales de la misma en su fecha. El uno del orador de fuste, fácil y reposado, Dr. Max. Henríquez Ureña, quien llevó en aquel acto la palabra a nombre y en representación del Ciudadano Presidente de la República, cuyo es el mérito de la institución, ejecutoria de su gestión gubernativa que habrá de reconocerle la posteridad, tanto más justamente cuanto más en sazón diere su fruto este proceros árbol que ha plantado en su camino; y el otro del veterano de la oratoria, nuestro Don Federico, quien por derecho propio preside la Corporación comunicándole su calor de viejo apóstol de toda buena causa nacional, y desde las alturas de su discurso sopló con nobles añoranzas y optimismos su aliento de montañas, el mismo de las ayer enhiestas y hoy abatidas cumbres morales y mentales, menos raras entonces que después —Meriño, Tejera, Cestero, García, Hostos el peregrino combatido, Del Monte, Galván, los Billini etc.— con quienes, el más joven él, alternó su vida, ahora proveya, en esa época de sinceros altruismos que ya parece, sin serlo, tan lejana, y a la cual él felizmente sobrevive en cuerpo e ilusión, para alzar en la presente su cabeza con el blancor de una nevada cima. Y perdonad la digresión, señores; que ella es también historia y cae dentro del tema.

Pero con ser, —digo volviendo a éste,— de tan crecidos valor y discreción lo que en el fondo es simiente del mismo contenida en las luminosas piezas de examen a que antes me he referido, téngolo ello por un conciso índice de líneas generales, leves y cortos rasgos; bien que en un párrafo de Don Federico, aquel en que tan oportunamente cita en su discurso a Vasconcelos, pareceme descubrir una más completa apreciación del concepto de verdad histórica que propongo y ahora trataré sólo superficialmente y diluido en ideas propias.

No pretendo, por tanto, predicar en esta docta Casa credo o buena nueva de un criterio acerca del cual parece tener ella hecha ya su confesión de altura en breves fórmulas, sino lo que dije al principio: cumplir una formalidad reglamentaria y aportar un anticipo a posterior contribución a un tema

que tan íntimamente se relaciona con la austera misión de la Academia.

Y ahora es llegado el momento de introducirme de lleno en dicho tema.

De la simple enunciación "Criterio de la cabal verdad histórica, con aplicación a la nuestra", se colige que comprende dos partes el asunto: una de alcance genérico o universal, y la otra de aplicación concreta o nacional. En cada una de ellas pretende distinguir escrutadora mi mirada hasta diez puntos de relación con el mismo, matices o esquemas que asiento como cuestiones aquí formuladas y propuestas, y las aclaro y preciso en los comentarios que las siguen inmediata y respectivamente. En tales comentarios mis ideas personales, como principios de mi propio credo en la materia, caerán incidentalmente en la corriente del razonamiento, que las arrastrará o nó a alguna conclusión. Salvo vuestro mejor parecer, las tendré esas dos series de cuestiones, y sus glosas, por algo así como sendos decálogos del tema, denominación figurada, y no irrespetuosa, para referirme una que otra vez a ella en la disertación.

Hélas aquí, sin más dilatorias, las cuestiones del primer aspecto o decálogo.

1o.— El proceso evolutivo del concepto histórico, o de la Historia, al través del tiempo, los países y los autores, parece ser la cuestión previa del tema, y de ulteriores aplicaciones.

Comentario: Esta primera cuestión es la que desde luego se presenta al espíritu: ¿cómo ha evolucionado la Historia, o sea el concepto y cultivo de ella entre los hombres, desde lo más remoto? Pues ha evolucionado de lo fabuloso a lo real; de lo particular a lo general y de lo narrativo a lo filosófico-científico; pero aunque a ese último y superior grado del concepto deba subordinarse hoy el cultivo de esta ciencia, ya positiva, porque lo es de observación de su propia experiencia, no pueden perderse de vista los anteriores en la investigación de la verdad histórica, y del valor previo de ellos en tal verdad habría de tratarse con antelación. Porque sólo como ciencia positiva, y en relación con todo ese abolengo, revelará ella, hasta donde sea posible, su secreto: la verdad histórica.

2o.— La información de los contemporáneos a la posteridad es imprescindible para ésta como la principal fuente histórica de la misma, y como un deber cívico de los primeros para con ella.

Comentario: La omisión casi constante de ese deber por la gente imparcial y sensata origina en la Historia frecuentes lagunas y falsos juicios, o temerarios, y es el primer escollo, huelga decirlo, en que suele tropezar la investigación. Día habrá de llegar en que deba asegurarse tal información por cada digno y consciente ciudadano, estimulándolo de algún modo honesto a dejar testimonio presencial de todo lo historiable ocurrido durante su vida en los lugares de su residencia o de su tránsito. Pero hasta entonces ¿cómo asegurarla hoy para el mañana, y se ha de suplir ahora su falta en el pasado?

3o.— Hay riesgos y ocultos vicios en las refe-

rencias coetáneas legadas a la posteridad, por lo cual es necesario aceptar siempre esa herencia a beneficio de inventario.

Comento: Que son muchos los de falseamiento de la verdad histórica que la pristina relación suele correr, envolver o contraer desde su punto de partida inclusive hasta la llegada a su destino, es de toda evidencia. Los menores son los de alteración de lugar, fecha o detalles y simples circunstancias de la acción. Los peores los de intereses, pasiones o temores de la época empeñados en disfrazar esa verdad; simulaciones y tramoyas que de ésta se vistieron el ropaje; móviles y resortes, invisibles para la mayoría ingénuo que trasmite sus impresiones recibidas de la externa apariencia; • ignorancia, superstición o superchería que la viciaron de fantasías, patrañas y adulteraciones diversas. Y es de rigor sanear dichas referencias antes de acogerlas y traspasarlas a las que las sucedan las generaciones que en bruto las reciban. ¿Se hace esto de ordinario? De ahí la necesidad de una sagaz y acuciosa Crítica histórica, que sólo así resultará eficiente. ¿Cumple ella siempre y a satisfacción su cometido?

40.— ¿Dónde termina, o debe terminar, para menos riesgos de alteraciones históricas de origen, la contemporaneidad; y cuándo ha de empezar, con mayor garantía de imparcial certeza, la posteridad?

Comento: Preciso será tal vez fijarlas de acuerdo con la índole y la cultura de cada pueblo, y en vista de otras condiciones. Cuestión es ésta acerca de la cual no parece fácil establecer principio categórico, ni menos resumirlo en unas cuantas líneas. Es de tesis más detenida que el presente discurso, y su deliberación y solución, si la última fuere posible, de las que sólo deban intentarse por una colectividad.

50.— La Historia en sí misma, como el pasado de la vida, admitido el más avanzado concepto de ella para su cultivo, ¿en qué habrá de consistir, expresado tal concepto en clara y precisa fórmula positiva? ¿Cuál el virtual sujeto de esa Historia? ¿De dónde ha de arrancar su marcha; qué la rige, o a su sujeto, y realiza ella en su curso; y cómo deberá dar su fruto opimo?

Comento: De que el punto tome origen en el dogma, se adentre luego vacilante en lo prehistórico, y sólo en orden al hombre y en una parte de su morada suela tratarlo la materia, no se sigue lo cabal del concepto. Pues hoy la Historia parece que debiera tener por sujeto el más amplio: la Vida en general. La primera recorre, en efecto, la evolución de la segunda en todas sus manifestaciones, y ha de arrancar aquella de lo más remoto de esa Vida, siguiendo de ella las tres larguísimas jornadas; a saber: del átomo inorgánico, en su patria del Cosmos, al primer germen biológico, en la Tierra; de éste, al postrero paso del trayecto zoológico, el hombre prehistórico; y de ese hombre, recién llegado allí, hasta la altura del desarrollo psíquico y el progreso por él ya alcanzados entre vuelos y descensos, triunfos y derrotas del ideal.

Y si la Historia es según esta concepción que di-

reis aventurada, y trasladada a ella fielmente la evolución natural de la Vida, habrá de descubrir certera, y la penetrante observación de las experiencias que tal evolución atesora, leyes que rigen el curso de la misma y fuerzas o factores que las obedecen y a su servicio determinan fenómenos, de los cuales se derivan en cadena los sucesos, en que el hombre sólo interviene en parte con su libre albedrío, y con su moral biológica se produce en hechos voluntarios que a unos cuantos ejemplares de su especie los deprimen y a otros los realzan, para escarmiento o emulación de la posteridad.

No hay en nada de esto fatalismo ni determinismo de escuela, sino pura visión científica propia, sin pizca de contacto con los Platón, San Agustín o Hobbes; los Claudio Bernard o Spinoza; ni contagios de Vico, Turgot, Augusto Comte u otros.

Porque con todo lo que acabo de exponer se relaciona históricamente el hombre, aunque no lo parezca a pronta vista; explícanse por analogía los aspectos de su particular evolución, y acaso, por ese su remotísimo atavismo bio-cósmico, su movilidad, su temperamento y su progresiva marcha en zig-zag o en espiral hacia una meta. Y se diría que, en virtud de una como metempsychosis transformista, la simiente anímica ha venido transmigrando desde el átomo cósmico, y desenvolviéndose de onto en onto hasta el noble Primate. Tampoco veais aquí sino una intuición mía algo imprecisa, simple lucubración sin un valor científico en mis labios, pero que de procedencia más autorizada quizás a esta hora lo tenga, y yo aún no lo sé.

60.— ¿Qué es la verdad histórica y cuál su cabal concepto? ¿Limita ella su dominio a la evidencia y la sinceridad de lo ocurrido, y a su exacta localización geográfica y cronológica, a que suele limitar su objeto lo que con frecuencia se entiende por Crítica histórica, la cual no llega siempre hasta ese punto de la sinceridad, y a veces tampoco a otros propios de ella? ¿Será sólo esa verdad una expresión sentimental y admirativa de lo bello o bueno, épico o cívico, patriótico o puramente bélico, o político, como otras tantas perlas extraídas de la concha de nácar del pasado? ¿Ha de estimarse de ella en su justo valor cada detalle; o únicamente es síntesis de cada tiempo, país, acontecimiento u hombre históricos? ¿Califica y clasifica, que es ya juzgar; o también señala, que es dar un veredicto, a cada aspecto simple y al conjunto su sitio, y su distancia de una cima ideal?

Comento: Puesto que esta cuestión es la llave del tema, con la misma conviene entreabrir siquiera lo que tal vez parezca la puerta de su enigma. Sólo entreabrirlo ahora, porque el punto es extenso, y otros muchos compartirán con él todavía el espacio aquí disponible.

La verdad es el fondo de la realidad, asunto de Lógica en que no habré de detenerme; ni hablaros de él ex-cátedra a vosotros me fuera lícito. Rara mina la realidad, contiene ella a un tiempo oro en lo profundo y su sola apariencia dorada en alguna sustancia de por encima. Inagotable cual si de cuento de hadas, de su venero toma el hombre el uno o únicamente la otra: aquel para riqueza del

intelecto, o su ilusión temporal la última. Pero en ese postrero caso, allí queda siempre el filón, propicio a nuevas exploraciones y a la explotación del oro auténtico.

La verdad histórica no es la Historia: ésta es su mina y aquella el oro de ésta, de manifestaciones y virtudes diversas, alguna a veces mágica; o no son más que aparentes la sustancia extraída y sus propiedades.

Es una y múltiple la verdad histórica legítima. Múltiple como un rayo de sol o estelar, que al análisis espectral da, por diferencias de longitud de ondas o de número de vibraciones por segundo, y de grado de refrangibilidad, una gama de subjetivos colores simples visibles, y de invisibles caloríferos en más o en menos, químicos y de aplicaciones terapéuticas; y además oscuras zonas de absorción del color indicadoras de rivalidades ópticas que discontinúan a trechos el espectro y se prestan como él a simbólicas apropiaciones a la sobredicha verdad histórica. Y una es la referida verdad, cual el haz policromo ya pasado por nuevo prisma o lente, que así recompuesto vuelve a dar la luz blanca del sol o alguna estrella, u otra sidérea de impresión diferente por efecto de menor o diversa combinación cromática. Es la síntesis. Pues al modo que revela esa luz, con los auxilios del cristal, de las analogías con lo terrestre y de las matemáticas, los secretos de la vida cósmica, y aún mejor, su historia, —porque el rayo luminoso, como bien lo sabéis, nos llega siempre tardío, desde en minutos, así el de nuestro sol, hasta siglos y milenios después del momento en que lo ha emitido su celeste foco, y por eso se ha dicho, con feliz acierto, de tal mensajero del Cosmos que es su historiador—, de manera semejante, del pretérito remoto o más reciente los vestigios y reliquias, las referencias, y los efectos del mismo en los pueblos, épocas y hombres que cronológicamente le siguen, como haces de luz surcada de sombras van llegando uno tras otro a proyectar sobre la pantalla del presente, para su disección y estudio, los sucesivos espectros del pasado. Emisarios de la vida que fué, cual otros tantos expresos vienen salvando postas intermedias, o sólo dejando en éstas, de pasada, las simples narraciones, hasta parar en cada posteridad ya desinteresada y entregarles, si saben ellas interrogarles, el tesoro bien guardado de su mensaje: la cabal verdad histórica. Lo que se tiene comunmente por ésta y resulta de la depuración y localización por la Crítica histórica corriente, es solamente su aspecto previo, la acción preliminar del espectroscopio para el análisis. Y perdonad, señores, la ejemplificación, y que para abreviarla no la haya referido ahora más concretamente a las modalidades históricas que he querido significar con ella.

Es, pues, la verdad histórica a la Historia lo que el oro a la mina y al placer aurífero, y lo que al cuerpo que lo emite el rayo de luz simple, vario en uno, o múltiple en el más complejo haz de luz blanca; también lo que el arpegio o el acorde al o a los instrumentos; y la armonía de la forma, el color, el nectario, la virtud medicinal, y sobre todo el perfume, a la flor. Muéstrase, repito, la verdad histórica en un solo aspecto o en varios, separa-

dos éstos o combinados en ella y en síntesis; todo como en lo procedente de la mina, de una lira, de la flor, del astro. Pero hubo en Historia ricas minas de oro y pedrería que legaron su tesoro espiritual de valor incalculable, un gran aspecto de su verdad histórica, y en los demás, y su síntesis, —el ideal de perfectibilidad,— frustraron al cabo la esperanza: así aquella admirable Grecia antigua, y especialmente Atenas, rendidas a la postre, por sus rivalidades y pasiones, a oscura servidumbre milenaria; hubo flor hermosísima y de genial perfume, ejemplos Roma conquistadora, Catalina II de Rusia, Napoleón Bonaparte etc., que, no obstante otras deslumbradoras fases de su verdad histórica, viciaron con su hálito asfixiante un doble ambiente: las libertades públicas, y las soberanías de pueblos; siniestra luz de fuego fátuo de necrópolis húbola asimismo, como Atila y sus Hunos, corriéndose de tumba en tumba sobre las ruinas del Imperio; y arpa en cuyas cuerdas destempladas no vibró ya una nota, tal un Bajo Imperio Bizantino. Y todo eso se habrá de consignar así, o de otro modo, en la verdad histórica respectiva. De la hora que ha pasado, del pueblo que ha vivido y del hombre que se puso de resalto, hay siempre una cabal verdad histórica sencilla o múltiple, edificante o dolorosa,—que extraer, que analizar y sintetizar, para los efectos de la sanción o la consagración históricas,—y de saludables enseñanzas... ¿Tacharíais, señores, de sutiles mis figuradas locuciones anteriores? Pues lo serán, como tal que diafanizase, idealizándolas, forma de mujer que tal se hubiese propuesto al así apenas velarlas. Entre dos medios de expresión en este caso, el oscuro metafísico directo y el ameno metafórico, opté por el último. Viéneme de perlas estos pareados de Boileau, hallados por azar y que se leen en su sátira (la XI) a un su amigo, como él académico e historiógrafo del Rey:

“Y para darte aquí de ello razón histórica,
permite que la envuelva en fábula alegórica.”

El análisis y la síntesis son igualmente de rigor en la búsqueda de la verdad histórica: el análisis, porque las partes informan de sí mismas y del todo; y la síntesis, porque el todo es la suma de las partes y la unidad del concepto.

En cuatro grupos primarios o géneros pueden ser clasificados los fenómenos, sucesos y hechos que suele presentar la verdad histórica científico-filosófica, aunque las más de las veces sólo presente ella algunos aspectos, y probablemente ninguna verdad los reúna todos, además del previo asunto de la Crítica histórica, completa, de que ya se ha hablado. Estos grupos o géneros son de índole cósmica, biótica, antrópica y sociótica, cada uno de ellos con multitud de matices específicos cuya enumeración empedraría demasiado de sui generis tecnicismos el discurso. Todos principalmente referidos al hombre y a su morada, porque la Historia es primero antropológica y incidentalmente lo demás. Antes fué exclusivamente antropocéntrica.

La épica resistencia de Leonidas, si por patriotismo excelso o sólo por civismo obediente a la ley espartana; la aun reciente del boer ante el inglés, aunque infructuosa; la de ayer de Bélgica frente a

Alemania, parecen tener un único aspecto o dos; varios reúnen Washington, Bolívar, San Martín etc.; y muchos la Revolución Francesa, la Ruso-Bolsevi- que y la Gran Guerra Mundial.

En cuanto a lo que en su esencia misma sea la verdad histórica, esto mejor que se explica se comprende a la luz de la razón. Me remito a la vuestra clarísima; porque la dilucidación aquí del concepto llevaría muy lejos. Cada verdad histórica, creo haberlo apuntado ya, es signo y sitio, en la escala al ideal, de un grado de ascenso, de una vacilación o un retroceso momentáneos, y de una trascendencia.

70.—¿Cabe relatividad en la verdad histórica, con uno o diversos significados; y es, por tanto, ella aplicable a la responsabilidad y a la sanción o la consagración históricas que de tal verdad se deriven?

Com.: No voy a responder aquí a los puntos de la cuestión con formalidad de tesis demostrativa; sino que la trataré por encima y procurándole alguna amenidad.

Esta relatividad, como otra cualquiera, ha de entenderse, prima facie, en oposición a lo absoluto; pero a menudo envuelve ella además alguna variante del significado, e idea de proporcionalidad.

La primera noción de relatividad histórica resulta del lugar, el tiempo y las circunstancias, parajes en los cuales habrá de situarse el tasador de verdades históricas y de las secuelas de éstas, la responsabilidad, la sanción etc.

La ferocidad de las guerras antiguas y sus consecuencias sobrepasaron con creces las mayores atrocidades de la Gran Guerra Mundial; pero relativamente a los tiempos de unas y otra, ésta sobrepusó mucho a aquellas en horrores y en la enorme responsabilidad de sus autores respectivos. Rendíanse a su medio, y dentro de él hay que juzgar de esa verdad, las tiernas vírgenes y demás gentes de blando corazón —que entonces también debió de haberlas— al asistir gozosas a los sangrientos espectáculos del circo romano. Si en su gran Revolución redentora fin de siglo, el XVIII, olas de chusma y sangre inundaron la Francia, obsedió el fenómeno a las circunstancias psicológicas de las muchedumbres cuando rompen el dique con que la iniquidad de los siglos anteriores las oprimió, y contuvo,— y la responsabilidad histórica es ya aquí muy relativa.

Ideas, sentimientos y acciones sufren la influencia de este trinomio histórico, pero no de modo fatal ni decisivo, pues una legítima superioridad puede escapar bastante a ella: tal un austero Catón de Utica, aun al lado del Cicerón político, que no siempre supo librarse de ese influjo, como tampoco su panegirizado Catón el Censor, bisabuelo del otro y cuya virtud parece fué algo relativa. A pueblos, épocas, acontecimientos etc. alcanza asimismo la relatividad; mas hay que tener en cuenta el libre albedrío, cuando a él haya lugar. Los ejemplos podrían presentarse en profusión, pero después de minucioso expurgo y no por juicio individual ni de reflejo. Por eso los ahorro, y me limitaré todavía a algunos casos de estudio.

La libertad y la democracia se me figuran de lo

más relativo en la Historia: díganlo, si nó, en la libre Grecia de otrora los ilotas y los esclavos; y hasta mucho tiempo después de la proclamación de los derechos del hombre, la raza de color en los E.E U.U. de América, el Brasil etc. La democracia en lo antiguo era patrimonio de los llamados entonces ciudadanos; y la misma representativa de ahora es una relatividad.

Volveré en parte a algunos de los símiles o alegorías anteriores. Es el oro nativo el que más puro sale de la mina, aunque no químicamente mientras el crisol no lo ha acendrado: en este asunto la Crítica histórica; o el tiempo y la posteridad, que tras generoso olvido de impurezas, estime de hombres, épocas, pueblos y sucesos el beneficio de ellos recibido, alguna excelsa fé, tal bondad fecunda o cual genialidad pujante y deslumbradora, y deposite el oro de esos méritos, así limpio y aquilatado, en el arca del recuerdo, para tributarle culto de veneración y gratitud, ó de admiración y de respeto; mas sólo en relación con la cantidad y calidad de ese oro respecto de la escoria, y de su aleación con metal inferior.

Empero, se ha de tener sabido, para el fervor del culto, que a los usos ordinarios de la vida es más aplicable que el puro el oro aleado. Una onza de oro amonedada realiza mejor y más pronto sus milagros que la equivalente en el ya apurado metal blando y dúctil. Bolívar, recién llegado soñador a su país, no habría podido vivir la hora épica del Bolívar después algo endurecido que acusó a Miranda, fusiló a Piar, declaró e hizo la guerra a muerte y asumió dictaduras. Ahí quizás la tara de su verdad histórica; pero también ahí su alteza en afrontar eso para crear esto: pueblos soberanos. Venció, bien que no siempre se venciera a sí mismo, como tal vez Washington. Ni tuvo la oportunidad que éste de darle la alta lección cívica a su hechura, menos preparada para ello, desde antes, que la del epónimo del Norte. Lo cual al uno mucho le reduce la responsabilidad, y al otro la gloria del esfuerzo. Del uno es la medida de su verdad histórica el Chimborazo, sobre el cual deliró, consciente de su misión y de su genio. Acaso pronunció él mismo su relatividad en el grito de desesperación que lanzó desde Quito en 1829, con el profético por luego realizado vaticinio de las futuras vicisitudes políticas de los pueblos de su América; confesión de su final fracaso en el empeño de formar pueblos también libres de sí mismos. En el otro, la previa preparación inglesa en las trece colonias, o la herencia o el modelo de la metrópoli, unido ello a mayor fortuna en la empresa, fueron factores del mejor éxito en idéntico afán. Aunque se le tenga a éste por menos genial, don de natura que, bien que nos delumbre su radiosa claridad, no es la obra del propio esfuerzo. Ambos, empero, si no químicamente puras, son verdades auténticas, sean relativas, y de sus síntesis, en un sublime aspecto, se alza montaña arriba su grandeza a divisar de lejos la cima de promisión del ideal. ¡Paso a ellos: son dos eminentes precursores!

La sinceridad o la simulación, los secretos móviles y resortes invisibles de la acción histórica, hacen de ésta a veces una verdad muy relativa. A tal

relatividad se refiere sin duda Charlevoix en la Advertencia preliminar páginas XII a XIV, de su obra "Historia de la Isla Española o de Santo Domingo". Pero es preciso saber discernir la simulación de la sinceridad históricas, y que existe la última en lo malo tanto como en lo bueno. Sobre la grandeza de un Pedro el Grande de Rusia proyecta negras sombras su salvaje ferocidad en ocasiones; la de Luis XIV, quien dijo "El Estado soy yo", es ilusoria, porque no fué suya, sino de algunos notables aspectos de su época reflejados sobre su afortunada persona; y la de su ilustre abuelo Enrique IV, el de "París bien vale una misa", es, como la del primer Catón abuelo del segundo, igualmente relativa. Pero no fueron en realidad unos simuladores los antes citados, porque las cartas de su juego todo el que tenía vista las veía. Además, en todos influyeron poderosamente el medio, el tiempo y las circunstancias. En las respectivas épocas del abuelo y del nieto franceses el bienestar fué también demasiado relativo, pues a pesar de Sully y de Colbert, mientras los soberanos les rompían a éstos a cada paso la alcancía, para sus prodigalidades el uno y el fausto de su corte el otro, las masas del pueblo se morían de hambre, y al final del reinado del segundo subsistía el estado de miseria que encontró él al principio, en que era frecuente hallar en los caminos cadáveres con la boca abierta ¡llena de yerba!... La carcajada y frase atribuidas a Rabalais en su postrero trance: "Bajad el telón; la farsa ha terminado. ¡Ja, ja, ja!", podrían tomarse en este matiz de la relatividad por el símbolo de la verdad histórica de algunas épocas, países, acontecimientos etc.

A la relatividad histórica no parece del todo arriesgado suponersele, además, un sentido figurado de proporcionalidad al medio y de conformidad con las circunstancias. En la Conquista de América y en su Independencia se dijera que los ciclópeos héroes guardaron relación con sus ingentes Andes, sus pujantes Orinoco, Amazonas, Misisipi, el Plata etc., sus dilatadas Pampas, sus inmensas altiplanicies y llanuras selváticas. O fenómeno o coincidencia. La antigua Grecia y la moderna Bélgica se agigantaron hasta la magnitud de su enemigo. La distancia de cada verdad histórica de una cima ideal es asimismo relatividad.

En suma, creo que podría establecerse esta ley: El valor de la verdad histórica, de la responsabilidad etc. es relativo o proporcional al tiempo, al medio y a las circunstancias de la acción, a la sinceridad de ésta, a la intervención del libre albedrío y al grado de cultura. Mas que no se apele a la relatividad con intrincadas razones o untuosos argumentos de coonestaciones, y se le dé así la razón a esta suspicaz frase de Madame Stael: "Cuando la metafísica toma parte en las cosas, suele embrollarlas para excusarlo todo, preparándole con ello en sus nebulosidades un asilo a la conciencia."

8o.— Cierta oportuna prelación del recto y sereno libre examen de la verdad histórica y de su relatividad ¿no parece imponerse respecto del juicio y veredicto que autorice glorificación, censuras o anatemas cualesquiera?

Com.: Esta cuestión se dá la mano con la 4a. ya

tratada, pero dista de ser la misma. Aquella se refiere al juez y ésta a la parte que ante él comparece. La Historia está plagada de falsos juicios y prejuicios de todo orden en los autores, por influencias, en ellos también, de su tiempo, su medio y sus circunstancias. Nada de ajenos juicios ni propios nosotros, sin previo estudio y el del sabio y justo por guía. Tampoco anticiparlos. Hay puntos de Historia, y son los más, que ya se prestan a objeto de examen, juicio y veredicto, porque su proceso o curso ha terminado. Pero con algunos, por recientes, no ocurre lo mismo; así la Revolución Ruso-Bolsevique, en dura y tal vez tortuosa senda todavía, y la Gran Guerra Mundial, cuyos efectos se vienen palpando tan dolorosamente y parece que trascenderán aún mucho más allá del actual momento. Sólo de aspectos parciales de ambas puede ya conocerse.

9o.— ¿Qué método será el más eficiente, por lógico y cívico, por ético y estético, por filosófico y científico, para llegar a la plena y consciente posesión de la Historia quienes la recojan de las fuentes, la trasmitan por escrito o hayan de estudiarla con fruto?

Com.: Pues uno de amplísimo sentido, que comprenda el de la Lógica, aplicado por los primeros; el de adquirirla, para los últimos, según edad y condiciones de mentalidad; y con los requisitos que ha de reunir su transmisión escrita por los segundos, para tal eficiencia, que es a la que principalmente quiero referirme.

Clasificación científica de la materia con exacto ajuste de sus divisiones cronológicas a las respectivas verdades sintéticas contenidas en esas divisiones, o a lo más saliente de cada una de dichas síntesis; y con denominaciones precisamente adecuadas a la índole de tales verdades y al lógico enlace de su sucesión. Exposición científica, hasta donde lo permita la altura de la mente a que ella se destine, de leyes históricas, fuerzas o factores que las sirven, fenómenos que unas y otros determinen, sucesos, hechos voluntarios y hombres que floten sobre todo eso. Tratar la materia como ciencia positiva que contiene en sí misma repetidas experiencias, sabiamente observadas y recogidas. Espiritu cívico-patriótico que la impregne, como el rocío a la planta, sin saturarla cual copiosa lluvia. Discreta advertencia y enseñanza, sin tediosas reflexiones, que prevenga a la ambición, cuando en la Historia quiera aquella apacentarse, contra las fascinaciones peligrosas y tentadoras del pasado, y que sea capaz de detenerla, como Jesús a Pablo convirtiéndole a El, en un desatentado camino de Damasco. Los grandes dominadores de pueblos, el propio o los extraños, mostraron con frecuencia mucha afición a la Historia ad narrandum, buscando en ésta orientaciones a sus designios. Luego, será necesario poner en la narración, como prendas atrayentes, claridad, sencillez, amenidad y belleza de estilo apropiadas a su estudio fructuoso.

10o.— ¿A qué autoridad, colectiva por necesidad, debiera corresponder de preferencia recoger de sus fuentes la Historia, depurarla, aquilatar sus verdades, establecer sus síntesis, pronunciar sus fallos y



disponer su método en la escrita, dejando a los autores individuales la forma didáctica, la apreciación cívico-patriótica y las ya expuestas cualidades del estilo?

Com.: De la anterior enunciación se infiere la conveniencia para cada país de una Academia o Sociedad de la Historia Nacional, con autoridad moral y mental reconocida, unida a la oficial que tuviera, para que realice ella la referida misión en su medio; y de desear fuera la existencia de otra Universal, compuesta de delegados nativos de los países de aquellas, la cual, acopiando todo lo particular y relacionándolo en y con lo general, levantara cual sólido edificio la verdadera Historia Universal. Sólo entonces habrá Historia fehaciente, como Evangelio de la Vida y Tabernáculo del Pasado. Y podrá ella presentarse a los hombres de cada generación, profética Sibila con la indumentaria de los tiempos, a ofrecerles estos tres volúmenes que llevará bajo el brazo: Higiene, Terapéutica y Recetario Históricas, para uso de las posteridades.

Hasta aquí los puntos genéricos o universales del tema. Pasemos a los de aplicación concreta a nuestra Historia.

1o.— ¿Suele el contexto de la Historia Patria merecernos un alto concepto moral que nos conforte; y qué criterio debemos adoptar en orden a ésto?

Comentario: Confesémoslo: no le es siempre favorable tal concepto; ni se inclina éste siempre en reverencias al pasado. Pero es preciso convenir al mismo tiempo en que la responsabilidad tampoco fué siempre toda del País ni de sus hombres. Nuestra Historia ha de ser en éso justa y sincera. Y como el punto pertenece más propiamente a la relatividad, allí se comentará mejor.

2o.— Las fuentes históricas dominicanas a nuestro alcance, sin verdaderos museos ni bibliotecas, y menos aún archivos históricos de propiedad y ubicación nacionales, carecen a menudo de la fiel información contemporánea, o deja ésta lagunas y oscuridades, y ocasiona discrepancias en los escasos autores de la materia.

Comentario: No ha menester del comentario la cuestión, o habría él de ser muy largo. Redúzcase ahora al siguiente, bastante breve: La Historia Patria es nave aérea mal equipada, que vacila y vuela en los relativos vacíos atmosféricos de ciertos tiempos de la vida colonial, y aun de la nacional ya idos.

3o.— Hay necesidad urgente de dejar colmados los vacíos a que dieron ocasión la incuria o el tímido silencio; de aclarar sombras y dudas; de precisar asertos; de consciente y honrada apreciación de los diversos aspectos de la verdad histórica dominicana desde sus orígenes más remotos; en fin, de hacer Crítica histórica exacta, lógica y científico-filosófica.

Com.: La Historia tiene que intentar a veces, cual ocurre con las reliquias arquitectónicas aun no arruinadas, obra de reparación restauradora en ciertos detalles del monumento del pasado, cuando la acción del tiempo u otra causa le infirió injuria de desperfectos; pero sin pretender suplirlos; esos detalles, con remiendos de fábulas o acomodaciones

vanidosas. Porque historia es verdad completa, sin leyendas ni mixtificaciones.

4o.— Dado lo familiar de nuestro medio, por su exigua población, y siendo tan escasa todavía su educación cívica ¿debe la posteridad apresurar sus fallos, ni menos la contemporaneidad anticiparlos?

Com.: Nó; ni lo uno ni lo otro: tal es mi personal opinión. Pero sí recoger la segunda la simple información e iría depurando la primera, sin escándalo en ambos casos, y antes de que se haga tarde para ello. Porque referir sin malicia no ha de ser ofensa; ni investigar es acusar. Y, fuera del momento que se esté viviendo, todo debe siquiera consignarse en los nuevos textos, inclusive los escolares. Que no hay derecho a mantener de las reciénvenidas generaciones la activa y natural curiosidad en absoluta ignorancia de lo ocurrido en períodos ya para ellas del pasado, y en la víspera y la antevíspera de su llegada. Bueno la simple referencia, sin apologías ni censuras, que suponen un juicio anticipado con riesgo de parcialidad y rozamientos enojosos con interesados o allegados; mas que no se omita el dato. Y aun algo vieja ya una verdad histórica, si fuere ella adversa a un grande de la Historia, hay que expresarla con respeto. Todo puede decirse si se sabe decir. ¿Con cuánta discreción lo hace el irreductible Juan Montalvo cuando el caso de Miranda y Monteverde, por ejemplo, le viene a punto bajo la pluma de oro! La verdad antigua a nadie apasiona ya ni perjudica; pero la nueva es una virgen pudorosa, y a ella le son aplicables estos versos del regocijado poeta y andantesco caballero Boufflers, que también fué académico: versos que libre y malamente traduzco del francés:

“La moral logra audiencia y galante acogida
en traje de ficción y al hechizo del verso;
la verdad, que desnuda a su amor no convida,
es la sola doncella, en el vasto Universo,
que gusta más... algo vestida.”

5o.— Si por la Historia Nacional discurre, apenas evolutiva, anterior vida común, la nuestra con sus leyes, factores, fenómenos etc., en cambio abunda esa vida en reflejos y remedos de la de América y de Europa, con lánguido vegetal y al margen de éstas siempre.

Com.: Dura verdad, pero cierta, en mi sentir, y para demostrada en posterior oportunidad. La Historia en general es un espejo de la pasada vida; en cada momento de ella caen sobre el cristal y se reflejan rayos incidentes que proceden del momento anterior: “Nuestros pasos nos siguen”, puso álguien por título a su obra. Los fenómenos históricos, como los físicos, se reproducen en el tiempo con caracteres más o menos nuevos: “La Historia se repite”, oímos con frecuencia; “La humanidad progresa en espiral” es fórmula creo que de Goethe. Pero la vida en pueblo alguno ha debido ser el reflejo de la ajena, sino toda propia, o el fracaso habrá sido la consecuencia. Hemos vivido copiando, y al margen como en un remanso. Y, o se rectifica y se entra en la corriente, o se perece al cabo.

Una como exégesis de la historia dominicana debería conducirse en las varias direcciones de lo enunciado en esta cuestión, a la par que ininterrum-

pido y minucioso expurgo al través de los viejos textos, los archivos de los países extraños que hayan tenido algo que ver históricamente con el nuestro, y de todo lo disponible, a fin de llegar un día al concepto cabal de nuestra Historia con la posesión de las tal vez numerosísimas verdades parciales y aun sintéticas en ellos dispersamente contenidas, y con las responsabilidades por establecer, deducidas de acuerdo con leyes, factores, fenómenos etc., y además con el libre albedrío sin coacción externa, y con lo que hubo de reflejo en esa misma Historia; todo ello para verdadera sanción, consagración y lugar gerárquico de tales verdades en la escala que conduce al ideal. Sea nuestra Historia de éso búsqueda y hallazgo.

6o.— La apreciación de la verdad histórica en nuestro medio no es de ordinario lo que ella debe ser, para estímulo y enseñanza.

Com.: Breve será por ahora el comentario; pero expresivo y sincero.

No pienso que prive en el medio el más recto sentido ético en este punto de la apreciación de sus verdades históricas. Pueblo impresionable sobre todo por la guapeza y la sangre vertida, entre el alto rasgo cívico y el bélico sin patriotismo y sólo por temperamento, aplaude el último y desdeña el otro. Entre Duarte, apóstol máximo e inmaculado, y Santana, caudillo tinto en sangre de Abel, no se habría vacilado en otorgarle al torvo pseudo-prócer la primacía si la Anexión no se interponía. A Sánchez se le glorifica mucho más por su sangre y vida en holocausto.—corona inmarcesible del martirio, la cual no cupo en suerte histórica a los otros—, que por su Fiat Lux del Conde; a Mella, por el trabucazo, de hermosura legendaria; a Duvergé, por lo Cid Campeador; a Luperón, por Bayardo. Lo de gran ciudadano que alguno de ellos de veras atesorara fuera del momento épico, o noble obrero del País, si no tuvo la oportunidad de un bello gesto, éso no contaría para nada. Ahora parece iniciarse una reacción reparadora que ojalá no caiga en el extremo opuesto, ni, como hay quien lo quisiera, se llegue a reivindicar ¡hasta a Santana! Mas es preciso que no se reduzca a aquello la estimación histórica; sino que también alcance a otros aspectos que la vida aquí abarque; y que la pasión en maridaje con el interés, o aisladamente cada uno de esos bastardos, nunca tengan de la diestra la balanza para aligerar o recargar con la siniestra el contrapeso al platillo en que se puso el mérito.

7o.— ¿Cómo es aplicable a nuestro pueblo la relatividad histórica, de acuerdo con las fases que fué presentando la cuestión en su aspecto genérico?

Com.: Ante todo, los elementos lugar, tiempo y circunstancias parecen intensificar aquí su influjo de relatividad de modo notable, y se les diría decisivos. En verdad que acaso no haya otro país, ni especialmente otro habitador, en tanto grado a merced de ese que para el caso he denominado antes trinomio, cuyo uso figurado no es de mi invención. Efecto ello quizás de la llevada vida abúlica, de reflejo y al margen, aunque en concurrencia con los agentes ley, factor, fenómeno etc., y el libre albedrío, a los cuales tampoco aquí podía escapar

la acción histórica. “No se ha abierto aún en este país el libro de las responsabilidades”, dijo ya alguno, dominicano de nota, fenecido. Tal vez no se haya abierto por esa influencia, que mucho contacto guarda con la anterior cuestión y la siguiente. Mas no sea esto buscarle refugios a la conciencia, sino seguirle la pista a una posible verdad histórica.

Mayor extensión del punto no será del momento. Pero queda algo todavía. La relatividad en los fastos nacionales presenta también en este punto su fase espiritual: no se la apoque, nuestra Historia, porque carezca ella de figuras colosales, de epopeyas máximas, que la selección dió más abundantes y más grandes allí donde se ufanan las primeras magnitudes del Planeta; porque a mayor dividiendo en igualdad de divisor, —éste la condición del hombre, la misma en todas partes,— mayor cociente. Fuera de su gesta en las arriba aludidas Guerras Médicas, sospecharíase que el poético genio griego sopló fantástico en lo demás, y para acrecerlos, sobre sus proezas y sus hombres. Ello no obstante, cabe pensar que la talla de la causa y la ocasión levantan a la altura que se necesite. Díganlo, si nó, nuestros gloriosos restauradores ante la superioridad material de su contrario. Y es que, con diversas modalidades, la relatividad parece ser una ley histórica, como lo es cósmica.

8o.— Es de rigor, como en lo general así en nuestro medio, el juicio histórico científico-filosófico previamente a todo justo veredicto sobre cada época, período etc. caídos ya en pleno pasado, y por tanto bajo el dominio de la posteridad. A fin de honrar, sancionar, eliminar.

Com.: Es preciso conocer sin más dilatorias cuanto, definitivamente ido, merezca consagración y a guarde aún ésta; y desautorizar el falso mérito que en hechos u hombres se hubiere deslizado dentro del templo de la Historia Patria. Lo primero abriendo ya el juicio previo, antes de que desaparezcan las huellas fehacientes de las respectivas verdades históricas; y con la mira puesta a lo segundo, desembarazando las páginas de esa Historia de tantos nombres de comparsa como en ellas se han introducido sin más notoriedad que su mención allí, con perjuicio de los que deben resaltar y grabarse en la memoria de las generaciones. Pero que ésto se haga sin hiperbólicas exaltaciones, en el supuesto favorable, ni menos con piqueta inconoclasta que deje en escombros nuestra Historia, o convertida en uno como maltrecho Panteón Nacional, cuyo recinto de desconsoladora soledad velara en torno un silencioso corro de hornacinas vacías. Porque ¿adónde acudiría entonces el alma nacional para elevar sus preces a la Patria?

9o.— Establézcase método lógico y cívico en nuestra Historia Patria, para la mayor eficacia de su estudio, y ejemplarización.

Com.: Holgaría repetir en este punto lo ya expuesto en su correspondiente del decálogo genérico. (Recordad que así dije que los llamaría). Exactamente es aquello aplicable a ésto. Me contentaré, pues, con afirmar que tal método debe responder a estas tres finalidades: a) a la más fácil adquisición, consulta y recordación de nuestra historia en todo momento; b) a poder abarcarla toda en síntesis y

de una sola ojeada mental, y llevarla prendida al corazón; y c) a derivar de ella el más provechoso fruto con su aplicación a la vida individual y colectiva de las generaciones. La Historia Patria ha de ser como carta de marear en que el habitador lea los derroteros del pasado, y en tinta fresca el de su tiempo y el suyo propio; y brújula que le vaya señalando en mar o tierra el rumbo, para no equivocarlo tomando por los viejos senderos ya trillados, en los cuales hallará por cada flor bosques de espinas.

100.— La Academia Dominicana de la Historia supone una alta y delicada misión frente a nuestro pasado, y también para con el presente y la posteridad.

Com.: De esa noble misión se ha hablado ya implícitamente lo bastante, pues queda comprendida en la cuestión genérica correspondiente. No superabunde, por tanto, mi palabra sobre el punto, ni le demarque yo a la Corporación rumbos acerca de los cuales no ha menester su grande ilustración de mi advertencia. En cuanto he dicho expuse un ansia de verdad; nunca indicaciones ni enseñanzas.

La Academia Dominicana de la Historia —este es mi anhelo— sea nave Argos que surque a todo riesgo el proceloso o sereno mar de los diversos tiempos de su convivencia, siempre en la busca del vellocino de oro de la verdad histórica. ¡Que jamás naufrague; que regrese siempre al puerto con su preciosa carga!

Señores: la exposición del asunto, como simple bosquejo, ha terminado. Por lo que me haya excedido en obligar vuestra atención, y por lo en que hubiere discrepado de vuestras ideas, os presento excusas.

Y permitid todavía que al cerrar el discurso con el broche de oro de vuestra indulgencia, lo haga evocando estos viejos y recientes motivos de mi tesis.

La Historia en general fué uno de los amores intelectuales de mi juventud, y alguna labor en la materia, bien conocida de antiguos escolares, pudiera acreditarlo. Pero la juventud ama lo bello, y en su forma escrita nuestra Historia se me antojó de niño pálida exclausturada a quien el hábito monjil le restó encantos. Impresión de la escuela, por ello duradera, en la cual la materia a nadie apasionaba, como pienso que no apasiona todavía lo debido, según propias experiencias docentes. Efecto éso de indumentaria, pues en su virginal desnudez es seductora. Virginal, ya que hasta hoy sólo cortejada, no la ha desposado aún el método en tálamo de fragantes rosas de bastante atractiva narración, bien que, en orden a lo último, muy apreciables tentativas se hayan realizado para los escolares mucho después de mi época de alumno, y aún las de maestro dirigente.

Y porque en compensación de aquel mi juvenil desvío, encariñado yo hoy con su cultivo, es ella la joven sunamita de mis años proyectos, que en el recogimiento de mis vigiliadas brindame deleite espiritual y momentáneo olvido de mi postrimería triste, por eso, agradecido, la quisiera en su presenta-

ción a todos siempre bella, atrayente, recordada y útil. De ahí mi tema.

Ella a las veces, sentada junto a mí, en viéndome adormecido pasa su suave mano por mi frente, convocando bajo ésta ensueños y añoranzas. Y entre pudores va despojando de vestes su blancura, la verdad de su beldad, y así sin velos, como en lienzo de cine se desliza sobre la somnolencia de mi mente, por la cual toda desfila desde sus albores con el Descubridor, y cuando el indio supo "morir antes que esclavo", y a matanzas de Ovando y a su propio ultraje respondió Enriquillo erguido sobre las cumbres del Bahoruco. Y ahinca mi mirada aquel feroz y audaz filibustero, azote y espanto de los mares y las ricas urbes ribereñas de ambas Américas, quien palmo a palmo fué amparándose en parte del territorio de nuestra antigua Española, y luego dicha parte señoreándola hasta que allí nos puso a Haití.... Y recorro en pesadilla la sucesión dolorosa de las domésticas desdichas con sus éxodos y miserias endémicas; las tristezas de esas sombras largas entre breves destellos de sonrisas. Contemplo el trágico resplandor de las bélicas proezas iluminando el camino al carro de la Patria victoriosa... Y pasan por la propia mente aquellos raros días de cortas auroras en las cuales, bajo la comba azul regocijada, se oriaban los celajes sobre el verde-esperanza de las frondas y los húmedos campos; donde el maizal granaba, subía y acendrabala la caña su dulzura, maduraban el cafeto su cezeza y su almendra el cacao, mientras el ganado en los prados pacía y todo presagiaba paz, ventura... Hasta que, alzado el sol, oreábase la selva y el sembrado; en el bochorno de la pasión se agostaba y ardía la flor del ideal; a la hora meridiana, tras entoldarse el astro, rugía la tempestad y fulminaba; y ya a la tarde, antes que nuevo arco iris nueva promesa hiciera, cual llanto de las nubes caía luego... llanto del corazón sobre las ruinas....!

Este evocar en el calor del momento aquellos días, de precaria ilusión, ira y quebranto, sea un conjuro y un votivo anhelo de que así tales días nunca tornen, nunca más, con su cortejo de desastrosas luchas fratricidas, de ominosas subyugaciones extranjeras, de rachas de anarquía o de paz de Varsovia! Ex abundantia cordis. ¡Viva la República!

Discurso de Bienvenida por el Académico Lic. M. de J. Troncoso de la Concha

Señor:

No voy a hablaros de cuán bienvenido sois al seno de esta Academia. Ella lo proclamó ha tiempo, vos lo sabeis, con un hecho harto elocuente cuando, entre varios nombres prestigiosos, escogió a unanimidad el vuestro en la elección del individuo de número con que debía completar su cuadro.

No pretendo, tampoco, deciros que os hemos con-

ferido un honor. En este caso sois vos quien otorga. Nosotros recibimos.

Damas y Caballeros:

¿A quien de vosotros será menester decir las excelencias de este hombre aquí llamado por nosotros, y que de hoy más aportará su sabio y generoso concurso a la labor que esta casa viene realizando?

A ninguno, ciertamente. Y nó porque él haya hecho en su vida muchas cosas (se puede haber sido mucho, haber hecho mucho, y no haber llegado a ser algo), sino porque en el campo en donde mayormente se han ejercitado las facultades de su espíritu, en la más alta y noble actividad con que puede el hombre servir a la sociedad, la del maestro, su nombre ha brillado de aquel modo que no es dable sino a los pocos escogidos de que nos habla el Evangelio.

Recordaré tan sólo este hecho: fué el sucesor, y probó merecerlo, de Don Eugenio María de Hostos en la dirección de la Escuela Normal de Santo Domingo cuando contaba únicamente 23 años. Anotaré esta circunstancia, que por ser el resultado de un proceso espontáneo, desarrollado al calor de méritos peculiares, puede ser tenida como expresión de un éxito supremo: ha alcanzado los honores de la antonomasia. Mejías le precedieron y le han seguido con justo renombre, y él es sin embargo el "señor Mejía". Peinan canas, o no tienen ya nada que peinar, muchos que fueron sus discípulos, que así le llamaron y así le han seguido singularizando. Y en el "señor Mejía" que fué el maestro, se resumen ahora para todo el mundo el maestro, el pedagogo, el erudito, el ex-servidor del Estado, el patriota, el ciudadano ejemplar, el hombre de su casa, en todo elevado y en todo gran señor.

Paso a cumplir el cometido frente a vos con que ha querido honrarme la Academia de la Historia.

Señor:

Acabais de exponer un metodizado conjunto de ideas para establecer un criterio de la verdad histórica, rico temario que acompañais de comentarios de inestimable valor científico, reveladores —temario y comentarios— de largas y maduras reflexiones. No puede, en efecto, la substancia de vuestro trabajo haber sido fruto del pensamiento de pocos días ni formada en ocasión únicamente de vuestro ingreso a este centro académico. Tal es la densidad de su síntesis, que, aún escrita en pocas hojas (la justa extensión que requería un acto de esta índole) y seguramente en poco tiempo, ella no pudo haberse gestado en vuestra mente sino en el curso de no pocos años de constantes estudios y meditaciones. De otro modo no os hubiera sido dable, como no lo habría sido seguramente a nadie, articular tan honda y compleja trabazón de temas, cuyo cabal desarrollo, que vos prometéis y nosotros aguardamos, constituirá todo un tratado del criterio de la verdad histórica. Así, pues, demostrais elocuentemente, al entrar en esta casa de estudio y de investigación y depuración histórica, que sois un consagrado de antiguo a esta ciencia, y que ve-

nís admirablemente lastrado para cooperar con ventaja en nuestra labor.

Vuestro trabajo se intitula "Criterio de la cabal verdad histórica, con aplicación a la nuestra". Consta, así, de dos partes, cada una de las cuales contiene diez temas (un decálogo, como muy propiamente habeis dicho) y está edificado sobre la base del más elevado sentido de la historia universal: el de que historia es evolución hacia una meta ideal de promisión. Concepción optimista, digna de un espíritu que ha conservado al través de los años su frescura y su lozanía; concepción optimista, repito, y por tanto positiva, verdadera, como todas las que tienen la visión del Bien por supremo norte; concepción de un alma noble, que se mantiene siempre en las altas regiones del sentir sano y el pensar profundo.

Esta base sublime sobre que descansa vuestro pensamiento es para mí garantía de pureza y de verdad. Porque el optimismo es orientación recta, flor de inteligencia fresca y clara y corazón puro; como es, en cambio, toda manifestación pesimista, necesariamente errónea, e indicio de negación, caos, dolor, de alma naufraga en la desesperación y el desencanto.

La meta provisora de que habla vuestra tesis no es el ideal plasmado en una forma. Esta es siempre relativa y varia en función de ciertos coeficientes de la época y el lugar. El ideal, para que se tenga como absoluto, no podría fijarse nunca en una fórmula concreta. Su naturaleza trascendente lo impide radicalmente. Es visión intangible e impenetrable, sin color ni magnitud, apenas simbolizada por estas expresiones: suprema verdad, supremo bien, suprema belleza.

Ese sentido último y esa marcha de la Historia, ¿identificarán un día la realidad natural con aquella visión ideal? Indudablemente, día llegará en que serán uno; pero no por la obra de una identificación; como no se identificarán nunca el mundo visible con el mundo inteligible (el de las Ideas) de Platón. El primero, reflejo del segundo, desaparecerá como desaparece, a falta de principio reflector, todo fenómeno de reflexión; para quedar solamente el mundo de las Ideas. Mas esto no es identificación de un mundo y otro, sino vigencia del único que verdaderamente existía con existencia absoluta. Tampoco será síntesis de lo aparente y lo verdadero, pues no hay unión posible entre lo real y lo irreal, entre Dios y la nada. Así, en rigor, el destino del sujeto de la Historia no está en este mundo. El es el auto-desenvolvimiento, o mejor la auto-revelación del mundo ideal, o más gráficamente aún, y repitiendo vuestras palabras, ese destino es "la cima de promisión del ideal".

Atrayentes y dignas de la más grande atención son todas las cuestiones que proponéis en vuestro discurso y con verdadera fruición dedicaríais yo ahora una miríada y una glosa a cada una de ellas. ¡Tan sugestivos son los problemas planteados! ¡Acusan tal dominio y madurez las soluciones que dais, (aún ofrecidas en extracto)! ¡Empleais cuando el asunto

lo requiere comparaciones tan ajustadas y expresivas! Empero, no es del caso ni del momento que yo me extienda en consideraciones que llenen un tiempo largo, y por ello me limito, muy a pesar mío, a glosar uno solo de vuestros temas: el primero. Al hacer esta elección han influido en mí dos factores; uno: que al comenzar a repasar en la mente los distintos temas, para la escogitación, la fuerza sugestiva de este tema inicial ha producido en mí ánimo cosa análoga a una parada en seco y algo en mí interior me ha dicho: "Escógelo; ni hay motivo para que saltes por cima de él, ni para que, al escogerlo, hagas labor de desestimación en los demás". Y en efecto, no es el vuestro un trabajo en que cabe un juicio eliminatorio de temas. El otro: que el campo de estudio y meditación que muestra el enunciado de esta primera cuestión no es menos fundamental que el concepto mismo de Historia. Así, pues, las reflexiones que se hagan alrededor de dicha cuestión atañen también a lo medular de aquella ciencia.

Está concebido en estos términos: "Proceso evolutivo del concepto histórico al través del tiempo, los países y los autores, como cuestión previa para ulteriores aplicaciones". Y lo comentais del siguiente modo: "Ha evolucionado de lo fabuloso a lo real; de lo particular a lo general; de lo narrativo a lo filosófico-científico; a este último ha de atenderse hoy el cultivo de la Historia, ciencia ya positiva, porque lo es de observación de su propia experiencia.

Sí, señor. El concepto histórico ha evolucionado de lo fabuloso a lo real. En la mañana de cada pueblo no se ha conocido la historia propiamente dicha. Solo ha florecido la fábula, el mito. El único tiempo que actualiza una conciencia primitiva es el presente. No concibe ni el pasado ni el futuro. Los hechos pretéritos se van disolviendo en su conciencia como en un escenario de ensueño, sin noción de transcurso cronológico retrospectivo; sin establecimiento de coordenadas de tiempo y espacio; sin rastros materiales de los sucesos ocurridos; sin crónicas; y apenas en forma de tradición verbal de imaginación a imaginación, en que los personajes se van tornando seres sobrenaturales, dioses; los hechos reales en episodios fantásticos y desarticulados como sueños; y los lugares de los hechos en parajes ideales: tales el Paraíso Terrenal, el Olimpo, la Arcadia. Todo esto va formando en la mente de las generaciones que se suceden un mito, una fábula, una religión, que bien pronto se materializa en templos, ídolos y ritos.

Ha habido, sin embargo, pueblos, como el griego, que aún llegados a su mayor edad y a la mayor perfección en algunas manifestaciones de su vida, como la artística, la política, la filosófica, no llegan a desarrollar su conciencia histórica. Estos pueblos los distingue Oswald Spengler en su obra "La Decadencia de Occidente", con el nombre de ahistóricos, y los caracteriza, tomando como tipo al heleno, al señalar magistralmente numerosos síntomas de que su vida se concentraba en el presente y no se preocupaba nunca ni por el pasado ni por

el futuro. Así, observa en Tucídides su ingenua declaración de que hasta cuatrocientos años atrás no había ocurrido en el mundo suceso alguno de importancia y su inclinación a creer que Licurgo era una divinidad menor del Taigeto; y hace llamar la atención, entre otros muchos hechos, y además del de la carencia de verdaderas obras históricas y del de su abundante mitología, al de que en Grecia los cadáveres eran incinerados inmediatamente después del fallecimiento y no se conservaba un recuerdo ni una fecha en relación con el fenecido; en que sus materiales de construcción eran escogidos entre productos de la naturaleza que no resistían la acción de los siglos, y en la aversión de los helenos por la observación de las estrellas, el instrumento por excelencia de la medición del tiempo. Tomó Spengler como símbolo de este carácter ahistórico del alma helénica la columna dórica, la cual era construída siempre de madera.

El mismo Spengler presenta, en cambio, al pueblo egipcio como tipo de pueblo eminentemente histórico, y señala —en contraste con las costumbres griegas— en su maravilloso arte de momificar, en la elección de los más durables materiales de construcción, en la forma piramidal de sus monumentos, en su fervorosa inclinación al estudio de los astros, en las profundas revelaciones conservadas en su religión, en vez de mitologías, y en otros tantos, los síntomas que ponen de manifiesto en los antiguos moradores de las orillas del Nilo una suprema preocupación por el tiempo que pasó y por el que falta por pasar.

Esta honda diferencia entre una civilización y otra ha dado lugar a que, mientras la formación de la historia de Grecia ha sido obra de científicos modernos, efectuada entre las mayores dificultades, por inferencia, casi siempre, de los antiguos mitos; la de Egipto, grabada en piedra, data de la misma era de la civilización egipcia y contiene admirablemente alojados los hechos en puntos precisos de tiempo y lugar, con una impecable sucesión cronológica.

Observemos, sin embargo, de paso, que no obstante la indiscutible evolución del concepto de historia de lo fabuloso a lo real apuntada por vos, no ha llegado esta evolución a un grado tal que el elemento fabuloso haya desaparecido de la conciencia histórica de los pueblos más avanzados. Tal vez nunca desaparezca enteramente, por ser una tendencia innata en la imaginación humana plasmar el recuerdo de un hecho en una imagen mítica. Resultado de este fenómeno son las leyendas y tradiciones que no faltan en ningún pueblo de la actualidad; hechos cuya realidad va sufriendo un proceso de transformación a medida que su relato pasa de boca en boca, y van quedando adornados de un halo de encanto que prende en la conciencia popular y comunica a ésta cierta unidad psíquica y moral. Este sedimento artístico-tradicional de la historia fué lo que en ocasión pasada, en plática con los universitarios, me permití llamar "el perfume" de ella.

Habeis dicho también que el concepto histórico ha evolucionado de lo particular a lo general. Com-

parto gozoso ese criterio. En la conciencia histórica de los pueblos, esta evolución se ha operado desde el particular egocentro hacia la lejanía en el tiempo y en el espacio. Historia es en un principio historia del núcleo en que se vive. Los otros núcleos no ocupan la atención del antiguo. A él le basta el suyo y no espera nada de los demás. El vive en su mundo, completo y armonioso en sí mismo y desarticulado del resto del universo. Cuando se digna mirar más allá de su grupo, lo hace de soslayo y con odio o con desdén. Historia, repito, no podía ser, pues, sino historia del propio núcleo. Después ella ensancha su campo de observación a los pueblos vecinos o afines, o a aquellos con quienes ha tenido relaciones por la guerra o por el comercio, y en este constante desarrollo en sentido esférico ha continuado el concepto histórico hasta el presente; pero siempre dando la mayor importancia al tiempo más próximo y a los lugares en cualquier sentido más cercanos. Este último fenómeno es debido, indudablemente, a que la perspectiva del historiador en el tiempo y en el espacio está regulada por leyes análogas a las que hacen posible la perspectiva visual, en la cual los detalles del panorama van perdiendo para el observador, magnitud, animación, forma, color, y, en consecuencia, importancia, vida, en razón directa de la lejanía.

Contra este ingenioso sistema se ha rebelado el filósofo Spengler en su ya citada obra "La Decadencia de Occidente", no en balde calificada por Ortega y Gasset como "la peripecia intelectual más notable de los últimos tiempos". Spengler aboga por que el historiador se sitúe delante de las diferentes "culturas" en que él divide la historia universal, incluyendo en ellas, además de las europeas, las asiáticas, las africanas y las americanas, desde las más remotas épocas; y las contemple a todas desde la misma distancia, como se miran desde lejos los picos de una sierra. Con este nuevo desarrollo del concepto histórico se elimina el vicio originado por aquel perspectivismo inconsciente y se da a la Historia un sentido más genuinamente universal.

No solamente en la dirección que acabo de apuntar se ha operado la generalización de la Historia. Igualmente lo ha sido al través de las distintas esferas de actividad humana. Sucesivamente, la ciencia histórica ha ido abarcándolas todas. Mientras los primeros tratados históricos ponían casi exclusivamente el acento en las hazañas de los héroes, las luchas y vicisitudes de los reyes y caudillos militares, en el movimiento del Estado, o aún en la vida política de la ciudad o la nación, y hasta en la del continente y el mundo conocido, las obras posteriores han ido ampliando constantemente su campo de observación y han abarcado además, con igual detenimiento, y a medida que la civilización se ha ido complicando, el aspecto económico, el científico, el artístico, el cultural y el religioso de la sociedad, así como aquellos fenómenos de la Naturaleza cuyas consecuencias afectan al hombre. Pero al paso que este ensanchamiento del panorama histórica ha ido efectuándose y ha ido constituyendo lo que se denomina Historia General, el mismo hecho ha dado origen, por razón de su magnitud, a un fenómeno

inverso pero deliberado: los estudios históricos especializados, cada vez más especializados.

Habéis dicho, también, en el comentario de vuestro primer tema que el concepto histórico ha evolucionado de lo narrativo a lo filosófico-científico, agregando: "a este último ha de atenerse hoy el cultivo de la Historia, ciencia ya positiva, porque lo es de observación de su propia experiencia."

En efecto, no pueden calificarse de obras científicas los relatos de carácter fabuloso o aún real que integran el primer estadio de la inquietud por los tiempos pasados en el hombre. En ellos no había más intención que narrar los hechos, sin norma para llevar a cabo esta narración y sin la mira de interpretarlos. La Historia como ciencia fué destacándose paulatinamente al través de las obras narrativas y ya en Tácito se perfila hasta con visos filosóficos. San Agustín, Bossuet, Leibnitz y Hegel, entre los más eminentes, han sido pensadores bajo cuya inspiración en el sentido de fijar las leyes que rigen el desenvolvimiento y destino de la Humanidad, se han escrito obras históricas que ponen de manifiesto la evolución a que os habéis referido.

En nuestro país no ha pasado aún la Historia de su período narrativo (sea esto dicho sin mengua de la gloria de los que acometieron la gigantesca labor de indagar y ordenar los acontecimientos en que se ha desenvuelto la vida de nuestro pueblo) y sois vos, que yo sepa, el primero en trazar un nuevo camino para que entre nosotros se realice también aquella evolución.

Habéis afirmado, por último, que al concepto filosófico-científico ha de atenerse hoy el cultivo de la Historia; pero sobre este particular no me corresponde ahora hablar sino para deciros cómo veo en todo el contenido de vuestro discurso un luminoso desarrollo de aquella afirmación; una doctrina completa sobre el carácter filosófico-científico que ha de tener la Historia. Habéis explicado, en efecto, recurriendo a felices metáforas cuando el caso lo requería, el método que el historiador debe seguir, después de determinar la realidad del hecho histórico, para descubrir, realizando una sucesiva y delicada labor de análisis, crítica y síntesis, el significado último de aquel hecho, es decir, su cabal verdad histórica.

Señor Mejía:

Acabáis de entrar en esta casa y ya la Academia Dominicana de la Historia os está siendo deudora de vuestros buenos aportes. El primero lo fué la aceptación con que respondisteis a la invitación de venir a formar filas con nosotros en esta labor a que estamos dedicando nuestros esfuerzos. Vuestro discurso es ahora una contribución valiosa al futuro ordenamiento de los estudios históricos en nuestro país; semilla lanzada al surco que en día tal vez no lejano germinará.

Una de las causas de nuestro estancamiento en diversos órdenes de la vida contemporánea es la falta de espíritu de cooperación de que adolecemos. Sin éste es, sin embargo, imposible pensar siquiera en la viabilidad de ciertas obras; la a que venimos de-

dicándonos una de ellas. Vuestra presencia aquí es aliento para nosotros, porque sabemos que en vos se ha apacentado siempre aquel espíritu y que en vuestros "años provecetos" lo está igual que como lo estuvo en los juveniles.

Hay mucho que hacer y los medios son escasos; pero la voluntad es grande, y el empeño más, que es cuanto importa. Cada paso es una conquista, por pequeña no menos apreciable; otros vendrán que continuarán y mejorarán la obra.

Tiempo ha calificado con justicia caballero del ideal, habeis puesto vuestro no común bagaje al servicio de éste. Por eso salimos en vuestra busca. Por eso celebramos con alborozo el asenso que habeis dado a nuestro deseo de venir a compartir estas labores y dar nueva savia al organismo de la Academia Dominicana de la Historia.

Que sea todo eso por el bien de la generación presente y de las venideras.

Centenario de Finlay

1833-Diciembre 3-1933

La Personalidad Científica de Finlay

Medalla de Oro: Premio Otorgado por el Congreso Médico Dominicano

Carlos J. Finlay y de Barrés nació en Puerto Príncipe de Cuba en el último mes del año 1833. Inicia estudios en Francia e Inglaterra, se distingue en Rouen, doctorase en medicina en el Jefferson Medical College de Filadelfia, y en 1865 se adelanta a Koch, al exponer en la Academia de Ciencias de la Habana, su famosa doctrina acerca del cólera morbo asiático y su tratamiento.

Pero, el hecho extraordinario que singulariza la obra y la vida del eminente antillano, la condición de su inmortalidad y de su gloria, lo es, su concepción genial de la trasmisión de la fiebre amarilla de hombre a hombre por la picadura del mosquito *Culex Fasciatus*. Esta concepción está complementada por otras ideas igualmente trascendentales para la ciencia. Esto es, que, para que el mosquito pueda hacerse infectante, tiene que chupar la sangre del hombre enfermo durante los tres primeros días de enfermedad, y que no es, sino doce días después de haber chupado esta sangre virulenta, que el mosquito se hace infectante, es decir, que adquiere el poder de transmitir la enfermedad de enfermo a sano. Lo que tiene un alto valor desde el punto de vista profiláctico.

La admirable teoría del cubano extraordinario no adquirió viabilidad, sino después que Manson hubo emitido su doctrina de la trasmisión de la filariosis (*Filaria Bancrofti*) por el *Culex Fatigans*.

Los descubrimientos de Finlay fueron plenamente confirmados por la Comisión Americana, cuyo campamento de experimentación fué instalado en los Quemados de Marianao, próximo a la Habana, y denominado "Campamento Lazear" en honor del médico norteamericano que perdió su vida víctima de la enfermedad que investigaba. La mencionada Comisión que nombrara Leonardo Wood, fué integrada por los doctores Reed, Carroll, Lazear y Agra-

monte. Dicha Comisión recibió de manos del mismo Finlay huevos de *Culex Fasciatus* (hoy, *Stegomyia Calopus* y más recientemente *Aedes Argentens*.) Como experiencia preliminar, tuvieron una generación de mosquitos indemnes de todo contagio; les hicieron hacer su comida de sangre de enfermos amarillicos en diversos días de evolución de la enfermedad. Luego, les hicieron picar a un grupo de individuos no inmunes, comprobándose que las personas que sufrieron las picaduras de *Stegomyias*, (doce días después de la primera succión que ellos habían hecho en enfermos amarillicos) fueron infectadas por trasmisión del agente causal, ya virulento. Estos mosquitos infectantes correspondieron siempre, a los que susccionaron la sangre del enfermo durante los tres primeros días de la fiebre. Todo ello, confirmó la observación de Carter, sobre el lapso de incubación extrínseca, es decir, el tiempo que transcurre entre el primer caso de fiebre amarilla que aparece en una zona y los casos secundarios que le suceden. La Comisión halló, así, la clave del ciclo biológico del agente, completando y confirmando el genial descubrimiento de Carlos J. Finlay. Entonces, sobre base tan firme, emprendió el resto de sus experiencias en el ya mencionado Campamento de Lazear, llegando a las siguientes conclusiones:

- 1.—La fiebre amarilla no se trasmite por las ropas u objetos en uso del enfermo;
- 2.—Es necesario para la evolución del germen (cual que sea) de la fiebre amarilla, que se ingiera por un mosquito de la especie *Stegomyia Calopus*;
- 3.—Para que llegue a infectarse, es preciso que el mosquito chupe sangre de un enfermo amarillico dentro de los tres primeros días de la enfermedad;

